

## OBITUARIO...

### NOTAS PARA EL RECUERDO DE ANTONIO LIMÓN DELGADO (1950-2023)

Fuensanta Plata García  
*Consejería de Cultura, Turismo y Deporte*

Esther Fernández de Paz  
*Universidad de Sevilla*

Las personas que nos aproximamos a la disciplina de la antropología en los últimos años setenta y primeros de los ochenta del pasado siglo XX, completábamos nuestra formación académica, entonces sin especialidad ni grado, en el Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla, desarrollando las tareas que se nos marcaban como alumnado en prácticas. De las primeras cuestiones que saltaban a la vista en el museo, además de, obviamente, la colección etnográfica y la juventud del director, era la puesta en servicio de una cocina donde eran preparados desayunos y comidas y se practicaba un comensalismo colectivo muy útil para la integración y el conocimiento de aquella institución. Su director, don Antonio Limón Delgado, nos recibía siempre con agrado y mucha seriedad profesional, que subrayaba vistiendo riguroso traje con corbata y usando el tratamiento de usted.

No obstante, frecuentemente, era él quien nos acompañaba en nuestros cometidos, especialmente en horario de tarde, recibiendo en aquellos momentos lecciones magistrales sobre teoría y método de etnología y etnografía, amén de hacernos partícipes

de sus pensamientos sobre la teoría antropológica, Andalucía, la tradición y el cambio y otras muchas cuestiones que eran objeto de debate y reflexión y que nos han servido para el ejercicio de nuestras respectivas profesiones. Y es que Antonio Limón, además de profesor universitario, que lo fue, fue ante todo un maestro; además de alumnos, que lo siguen recordando con respeto y cariño, ha tenido discípulos incondicionales, muy pronto convertidos en amigos de por vida.

Nacido en Alosno (Huelva) en 1950, comenzó a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla aunque concluye la carrera en la Complutense de Madrid, licenciándose en las especialidades de Psicología y de Historia Antigua en 1974, comenzando a impartir clases de Etnología en dicha institución en ese mismo año. En 1977 accede al Cuerpo Superior Facultativo de Conservadores de Museos, obteniendo plaza en el de Artes y Costumbres Populares de Sevilla, donde fue el director y alma de la institución hasta su jubilación en el año 2010.

Durante ese largo periodo, a base de luchas con las administraciones y autoridades políticas competentes, o *incompetentes*, como diría el, consiguió empezar a convertir en museo lo que no eran más que unas cuantas salas de exposición. Había que inventariar todas aquellas piezas con algo más que los datos morfológicos; había que investigarlas y contextualizarlas para que esos objetos pudieran hablar de cultura; había que aumentar esas colecciones con un plan detallado para ir trazando un discurso científico. Y para ello se necesitaban talleres adecuados, una biblioteca especializada tanto en museología como en el ámbito concreto de las colecciones, almacenes equipados, el indispensable material técnico y, sobre todo, personal especializado. Nada de eso existía. Aquella generación fuimos los privilegiados voluntarios que trabajamos al lado de ese entusiasta director, que, por supuesto, era el primero en “remangarse” y faenar cuanto hiciera falta.

Todo ello combinado con trabajo de campo directo, como el que le llevó a recorrer Andalucía para recoger documentadamente las piezas de cerámica que iban a formar parte de la exposición. A su vez, apoyó muchas de nuestras primeras investigaciones, dentro de un gran proyecto de documentación etnográfica de oficios tradicionales, al tiempo que organizaba encuentros en el museo con los alumnos de antropología de la universidad, para la puesta en común de todas las que se estuvieran realizando. Sin obviar los proyectos de investigación de larga duración que dirigió, como el de *Fuentes Etnológicas Regionales* o el de *La estructura de la familia en Andalucía: Régimen de residencia y régimen económico*, por citar algunos.

En el prólogo de su obra *Costumbres populares andaluzas de nacimiento, matrimonio y muerte* (Sevilla, 1981), transcripción de las fichas de Andalucía de la Encuesta del Ateneo de Madrid de 1901, anotaba «por una vez devolvamos a los lectores de esta región lo que tan afanosamente recopiló sobre ella el Madrid de 1900», párrafo que demuestra el

espíritu crítico con el que abordó todas las tareas de su vida, algunas tan prolijas, además de útiles y prácticas para el conocimiento de la cultura andaluza, como la de desentrañar las anotaciones de los muchos documentos redactados a principios del siglo XX y que permanecían inéditos en la institución que los encargara hasta ese momento. De ahí que posteriormente se embarcara en un trabajo exhaustivo para intentar llevar a cabo una *Edición crítica de la Encuesta del Ateneo de Madrid sobre las costumbres españolas de Nacimiento Matrimonio y Muerte*.

Asimismo, Antonio Limón fomentó la documentación filmada de procesos artesanales y defiestas populares, creando un gran banco de imágenes que todavía hoy son proyectadas en el museo. De igual modo, ideó en aquellos años un sistema de video-inventario automatizado, con la importante finalidad de facilitar el contexto, y por tanto la investigación antropológica, a partir de las piezas tanto expuestas como almacenadas. Y qué decir de aquellos inicios en la informatización de los museos, como su proyecto *Odiseus. Paquete integrado para la gestión de bases de datos en Museos*.

Y es que Antonio Limón fue un gran adelantado a su tiempo. Por aquel entonces muy pocos entendían el significado del concepto de patrimonio y menos aún el de patrimonio etnológico. De hecho, fue a él a quien el Ministerio recurrió para asesorarse en la redacción de los artículos que lo iban a definir en la nueva Ley de Patrimonio Histórico que se aprobaría en 1985: primera vez que se decretó la protección de unos bienes no necesariamente bellos ni antiguos, además de proteger los conocimientos y actividades provenientes de técnicas tradicionales. Aunque entender el concepto de tradición era otra batalla, que ni aún hoy día está ganada.

En su libro *Andalucía, ¿tradición o cambio?*, obra publicada en 1988, comenzaba diciendo: «Desde hace un par de siglos Andalucía parece que llega tarde a todo. Como si anduviese más lentamente que el resto del país. No creo que los andaluces se hayan acostumbrado a ser los últimos pero de cuando en cuando, se notan rasgos de cierta resignación que uno no sabe bien cómo interpretar. A veces, se ve que la gente de esta tierra duda la hora de dar ciertos pasos hacia adelante, como si recelasen del progreso y miraran los cambios con desconfianza.» Este pensamiento sobre la tradición y el cambio en la cultura andaluza, la postura de la sociedad ante el denominado “progreso”, el papel de la clase política, fue constante en su vida y en su obra. Quienes le conocimos le debemos conocimientos, muchos conocimientos, sobre etnografía, museografía y museología, Andalucía y la cultura en general, pero también el habernos inculcado como raíz fundamental de nuestra profesión el observar y constatar el dudoso *equilibrio*, o mejor *desequilibrio*, entre la tradición y el cambio cultural.

Mucho de ello transmitió en sus años como profesor asociado de la asignatura *Métodos y Técnicas de la Antropología Social* en la Universidad de Sevilla, además de en los

incontables órganos asesores estatales y autonómicos en los que colaboró y presidió: Junta Superior de Etnología del Ministerio de Cultura, Junta de Calificación, Valoración y Exportación de Bienes del Patrimonio Histórico Español del Ministerio de Cultura, Comisión Andaluza de Etnología y Comisión Andaluza de Bienes Muebles de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, además del Consejo de Administración de la Sociedad Internacional Artifex de la UNESCO. Igualmente impulsó el Cuerpo de Conservadores de Patrimonio y de Museos de la Junta de Andalucía. Sin olvidar que también fue presidente de ASANA y que la asociación tuvo su sede en el propio museo durante varios años.

Siempre tan generoso con su tiempo, cualquiera de las tantas y tantas horas de tranquila conversación y debate sobre los temas más inimaginables, fue para nosotras un campo de aprendizaje, dada su enorme erudición, sus profundas reflexiones y su meditada filosofía de las pequeñas y grandes cosas de la vida. Sin duda hemos perdido una de las mentes más privilegiadas de los últimos tiempos pero, sobre todo, hemos perdido a un grandísimo ser humano.

Adiós, Antonio Limón, hasta siempre.